

gobernador, entonando de nuevo el cántico nacional. El príncipe Gortschakoff hizo salir las tropas, y él mismo, presentándose á caballo, pidió al pueblo que se dispersara; pero la multitud exigió desde luego que marcharan los soldados. El príncipe reflexionó durante algunos instantes, y despues un batallon detrás de otro se alejaron seguidos por los gritos populares. Este desenlace no hizo más que aumentar la audacia de los polacos; creían haber alcanzado una victoria sobre el gobierno y sus secretos instigadores les confirmaron en esta ilusión. De este modo al día siguiente se reprodujeron las mismas escenas; á eso del anochecer apiñadas masas ocuparon la plaza del Castillo y las calles circunvecinas, sin dejarse intimidar por los soldados formados en orden de batalla. Todos los medios pacíficos que se emplearon para dispersarles fueron infructuosos. Despues de redoble de tambor leyéronse tres veces las ordenanzas contra las sediciones; pero la multitud contestó con gritos, con silbidos y aún con piedras. Los gendarmes recibieron entonces la orden de rechazar á la multitud á sablazos de plano. Despues que la paciencia de las tropas fué de este modo sometida á una ruda prueba, durante más de dos horas, la infantería recibió orden de hacer uso de sus armas; al principio se contentó con tirar al aire, pero algunos tiros y una nube de piedras salieron de las casas vecinas, resultando dos soldados muertos y otros muchos heridos. La paciencia se convirtió en rabia; se hizo fuego sobre las casas y la multitud, y pronto treinta muertos y gran número de heridos cubrían la plaza. El pueblo huyó lanzando terribles alaridos y en pocas horas las calles, á la sazón tan animadas, se encontraron desiertas. Al día siguiente la ciudad fué militarmente ocupada; el consejo municipal disuelto y tomadas algunas medidas análogas á las del estado de sitio. Los entierros debieron practicarse en el más completo silencio, se prohibió todo lo que tenía carácter nacional y no se permitió al enlutado pueblo manifestar su dolor cubriéndose con negras vestiduras.

Con estas medidas el movimiento nacional fué reprimido.

Desde la plaza pública y desde las calles se refugiaron en las iglesias, en donde encontraron la protección y el apoyo del clero. Ya el 22

de Abril Wielopolski se vió precisado á publicar contra las agitaciones de los sacerdotes polacos una circular en que les acusaba infundadamente de estimular en público en la nación el odio contra el gobierno. El gobernador pidió al arzobispo de Varsovia que dirigiera una carta pastoral conciliadora á su clero; pero aquél se negó á obedecer sus órdenes, y hasta el mismo clero declaró que en lo sucesivo no aceptaría, con la culpable indiferencia de otras veces, las disposiciones en que se atacaban los derechos sagrados de la Iglesia. A pesar de toda prohibición, se cantaban en las iglesias algunos himnos nacionales religiosos, en los cuales se imploraba del cielo el restablecimiento de la Polonia, despreciando los prudentes consejos de los sacerdotes, que completamente ajenos á todos los negocios temporales, procuraban impedirselo. Se aprovechó el 15 de Julio de la muerte del príncipe Adan Czartoryski en París, el Nestor de los patriotas polacos de 1831, para organizar grandes ceremonias funerarias. Cuando las manifestaciones bajo el techo de la iglesia se hicieron más audaces, cuando en todas ocasiones se declaraba con más violencia el odio contra los rusos y se significó el luto nacional con vestidos y emblemas, el conde de Lambert, sucesor de Gortschakoff, muerto el 30 de Mayo, tomó algunas medidas enérgicas. Cuatro días despues de los funerales del arzobispo de Varsovia, Tialkowski, con motivo de los cuales tuvieron lugar nuevas manifestaciones (14 de Octubre de 1861), declaró á todo el reino en estado de sitio; prohibió los grupos de más de tres personas, impidió que se llevaran insignias y trajes nacionales, cantar himnos y baladas, distribuir folletos, placas é imágenes y toda demostración política y nacional. Cuando al día siguiente se celebró, á pesar de estas prescripciones, honras fúnebres por Kosciuszko, algunos soldados ocuparon la puerta de la iglesia, llena de una inmensa multitud, y detuvieron á todos los hombres que de ella salían. Propagada esta noticia, los demas se negaban á salir, y muchos millares pasaron la noche en el sagrado recinto, hasta que por la mañana fueron expulsados de la catedral y de la iglesia de los Bernardos por los soldados, que bárbaramente las habían invadido. El clero en masa y el administrador de la diócesis arzobispal, Bia-

lobrzweski, á la cabeza, declaró que las iglesias habían sido profanadas y que debían cerrarse mientras que no se dieran garantías para la seguridad de los templos divinos y de los fieles que los frecuentaban. De este modo la ciudad fué, por decirlo así, puesta en entredicho; pero el gobierno no cedió; en lugar del conde Lambert, que había solicitado y obtenido su reemplazo, fué nombrado el general Luders. Este hizo inmediatamente arrestar á muchos hombres de distinción, entre otros á casi todos los miembros de la ex-junta de seguridad, y los hizo conducir en parte á fortalezas lejanas. El administrador de la diócesis fué igualmente reducido á prisión y condenado á muerte por una sentencia de un consejo de guerra; sin embargo, por mediación del papa, el emperador Alejandro conmutó esta pena por la de un año de detención en un castillo. Felinski, virtuoso sacerdote, que hasta entonces había vivido en San Petersburgo, fué nombrado arzobispo de Varsovia y las iglesias se abrieron de nuevo á los fieles.

Por muy desfavorable que en tales condiciones fuera el terreno para la ejecución de las reformas proyectadas, sin embargo el emperador no perdió de vista el objeto que se había propuesto. Despues de una entrevista con el conde Wielopolski, que lejos de hacer causa común con las tendencias poco prácticas y con los sueños de los emigrados y de los idealistas, reconocía que la Polonia debía en verdad ser devuelta á su desarrollo propio y nacional, bajo la protección de instituciones libres, pero que debía apoyarse en la Rusia, su aliada por la raza, y reunirse á ella bajo la misma dinastía, «Alejandro nombró á su hermano el gran duque Constantino gobernador de la Polonia, y agregó á Wielopolski como jefe de la administración civil. Desde entonces se realizaron rápidamente las reformas; la nueva organización administrativa por consejos elegidos por los comunes, por los círculos y por las provincias, organización que solamente los tumultos habían retrasado, fué entonces puesta en ejecución. Algunos polacos, elegidos por el emperador, fueron puestos á la cabeza de los negocios en las provincias y en el Consejo de Estado, encargado de preparar las leyes; el sistema universitario fué transformado en el sentido nacional, la universidad de Var-

sovia fué restablecida sobre nuevas bases y la igualdad en los judíos, con muy pocas excepciones, proclamada. Se ofrecieron también grandes beneficios é inmensas conquistas á los polacos, y los verdaderos patriotas, á quienes la prosperidad del país importaba más que sus ideales ilusiones, aceptaron estas ofertas, y para realizarlas prestaron su concurso al gobierno. Pero la gran masa de la población de las ciudades estaba bajo la influencia de una conspiración secreta, cuyos jefes ponían á todo el reino entero bajo el yugo de su revolucionario terror. Los himnos cantados á pesar de la prohibición, las tentativas de asesinato dirigidas en muy poco tiempo contra Luders, contra el mismo gran duque y contra Wielopolski, eran los lúgubres síntomas de las opiniones revolucionarias que reinaban en las clases inferiores del pueblo. La nobleza polaca, teniendo á su cabeza al conde Andrés Zamoyski, entró en la corriente nacional, tanto por miedo á los jefes del partido revolucionario en el interior y en el extranjero, y envió una solicitud al gran duque para pedirle, no solamente una administración nacional, sino también una nacional representación. Hasta en las provincias del imperio ruso que en otro tiempo habían pertenecido á la Polonia se manifestaron viejas simpatías en favor de la misma.

Necesario era que el gobierno ruso se hiciera por todos los medios dueño de esta capitación nacional y revolucionaria, si no quería verse constantemente perturbado en el establecimiento del nuevo régimen político. Se decidió, pues, aprovecharse de las quintas que, despues de haber estado suspendidas durante algunos años, habían sido de nuevo decretadas en 1863 para reprimir el movimiento, repartiéndolas especialmente á las ciudades y quedando exenta de ellas la población de los campos. La noticia de este proyecto produjo en Varsovia, una gran fermentación: si la quinta se llevaba á cabo, la espada de Damocles estaba suspendida sobre toda la juventud de las ciudades. Los magistrados dirigieron al gran duque una petición en que le suplicaban desistiera de estas medidas amenazadoras, pero todo fué en vano; el gobierno persistió en su proyecto: con el nuevo año debía empezar la quinta y de tal manera, que todos los jóvenes de

Varsovia, de quienes se sospechaba que querian sustraerse del servicio militar, ó que residian en la ciudad sin tener ocupacion alguna, fueron arrestados é incorporados por fuerza al ejército. Esta medida inquietadora fué ejecutada con una arbitrariedad y con un rigor que no se podria justificar; en la noche indicada penetraron algunos soldados en las casas, y por fuerza arrastraron á sus víctimas, si bien el golpe no se dió de una manera imprevista para que más de uno notuviera tiempo para emprender la fuga. El terror y la desolacion que cundió por todo el país aumentó el número de los fugitivos y desertores. Los jefes del partido revolucionario creyeron entonces llegado el momento propicio para empezar la resistencia abierta; reunieron las bandadas de fugitivos y los miembros de las asociaciones patrióticas en los bosques y parajes solitarios, y organizaron, constituyéndose en gobierno nacional provisional, una guerra popular contra los rusos. Los polacos, reunidos en bandadas y mandados por algunos emigrados que habian vuelto entonces á su país, atacaron por muchos puntos á las tropas rusas. Para ganar la poblacion de los campos á la causa nacional y para aumentar el número de combatientes, el comité central, en calidad de gobierno provisional, aseguró, por medio de una proclama á los colonos el derecho de propiedad hereditaria de las tierras que hasta dicha época habian cultivado, sin otra obligacion que la de pagar los impuestos á ellas afectos y someterse á las cargas públicas. A los antiguos propietarios se prometió una indemnizacion sobre los fondos nacionales que se imputaran en la Deuda pública, y á los vasallos, criados y jornaleros, si entraban en las filas del ejército, un pedazo de tierra de al menos tres fanegas, que se tomara de los bienes nacionales.

Se habia dado, pues, la señal de una nueva lucha entre rusos y polacos; aunque las naciones europeas estaban absortas por sus propios negocios, no podian ménos de dirigirse todas las miradas hácia las orillas del Vistula, hácia ese pueblo cuyos infortunios habian con tanta frecuencia excitado la piedad pública. En Inglaterra y en Francia las antiguas simpatías hácia este pueblo, por tanto tiempo oprimido y maltratado, se despertaron con una nueva fuerza, y la opi-

nion pública se pronunció tan altamente sobre las orillas del Sena y del Tâmesis en favor de una nacion que reunia sus últimos recursos en una lucha gigantesca contra su poderoso vecino, que los gobiernos no pudieron ménos de interceder por la débil Polonia, tanto más cuanto que las otras dos potencias co-partícipes, inquietas con respecto á sus propias provincias polacas, hacian preparativos militares sobre las fronteras, y que especialmente la Prusia se aprestaba á hacer con la Rusia causa comun. El 8 de Febrero las dos potencias alemanas firmaron un convenio secreto para la represion de la insurreccion polaca, y que por cierto permanecié en estado de letra muerta, porque se declararon contrarios á él la Cámara de los diputados de Berlin y la opinion pública, y porque el gobierno nacional polaco impidió se propagara la insurreccion á los territorios prusiano y austriaco. Se temia que el emperador de los franceses tomara pretexto de este suceso para una nueva intervencion, y suscitase un conflicto ante un congreso de potencias europeas: en efecto, algunas diligencias se hicieron con este fin, porque áun cuando ni en Francia ni en Inglaterra se tuviera el sincero deseo de declarar la guerra á Rusia, sin embargo, los dos gabinetes creian deber intervenir en favor de la Polonia, aunque no fuera más que para satisfacer á la opinion pública. No obstante era cosa resuelta no pasar más allá de un cambio de notas diplomáticas. Para quitar á esta intervencion lo que pudiera tener de chocante, se hizo entrar en esta union á Austria, á pesar de que no estaba en situacion de declararse en hostilidad con la Rusia por causa de la Polonia. Despues de largas negociaciones, las tres potencias se pusieron de acuerdo para redactar unas notas conformes, en las cuales, refiriéndose á los convenios de Viena, se expresó al gabinete de San Petersburgo el deseo de arreglar el conflicto de tal manera, «que se diera la paz al pueblo polaco y se le fundara sobre una base durable.» Cuando el ministro de negocios extranjeros, el príncipe Alejandro Gortschakorff, declaró que el gobierno ruso estaba dispuesto á celebrar una aclaracion sobre el terreno de los tratados, al mismo tiempo que insinuó que «la insurreccion polaca debia atribuirse á las incesantes excitaciones del partido revolucio-

nario cosmopolita, diseminado por toda la Europa, y que por consiguiente las pretensiones podian contribuir por sí mismas muy eficazmente á la tan deseada pacificacion de la Polonia, haciendo desaparecer este manantial,» los gabinetes se contentaron con presentar finalmente seis peticiones, de las cuales el gobierno ruso habia ya concedido algunas y estaba decidido á no negar las restantes (fines de Junio de 1863).

Cuando estos despachos llegaron á San Petersburgo, la insurreccion, al ménos la que estaba en campaña, tocaba á su fin. El llamamiento del gobierno nacional á los colonos no habia dado resultado, porque éstos tenian más confianza en las concesiones del gobierno ruso que en las promesas de sus compatriotas. En lugar de un ejército nacional, los insurrectos no pudieron, pues, reunir más que algunos bandos, con los cuales atacaron é inquietaron á algunos destacamentos aislados del enemigo, pero les fué imposible resistir á grandes cuerpos de ejército. Otros vicios tradicionales vinieron á agravar la situacion: la discordia y el espíritu de partido. Cada banda tenia un jefe particular que, independiente de los demas, hacia la guerra á su manera. El general Microslawski habia llegado en Febrero á su patria y sido nombrado dictador por el gobierno nacional; pero poco tiempo despues, derrotado por los rusos, pasó la frontera prusiana y paralizó en lo sucesivo las empresas de sus conciudadanos por medio de publicaciones llenas de denuncias. Más digna fué la conducta de otro de los insurrectos, Langiewicz, natural de la provincia de Posen; despues de haber sostenido algunos combates felices contra los rusos, se proclamó dictador de su propio jefe, pero con la reserva de la ulterior confirmacion por el gobierno nacional. La fortuna, empero, no le fué siempre fiel: debilitado por las discordias íntimas de sus bandos, se vió precisado, ante la superioridad numérica del enemigo, á refugiarse en territorio austriaco, en donde fué reconocido y vigilado, hasta que más tarde obtuvo el permiso de pasar á Suiza (19 de Marzo). El gobierno nacional tomó de nuevo la direccion del movimiento, y si no le fué posible poner en campaña fuerzas considerables, mantuvo al ménos mucho tiempo la inquietud en todo el reino por la guerra de las bandos; y sosteni-

do por la nobleza y por la poblacion de las ciudades, elevar hasta su apogeo el reinado del terror. Lo que desde el mes de Marzo, Felinski, arzobispo de Varsovia, pedia en una solicitud al emperador, es decir, «que queria hacer de la Polonia una nacion independiente; que no se uniría á la Rusia sino por los lazos de la dinastía,» era el objeto y la tendencia de todo este partido, que desarrolló y practicó el poder de las conspiraciones secretas en grande escala, cuando la insurreccion armada desapareció y cuando las bandos fueron destruidas ó dispersadas. El gobierno nacional, del cual los rusos, á pesar de todos sus esfuerzos é investigaciones, no pudieron descubrir, ni el nombre de sus miembros, ni su residencia, desplegó una actividad, una energía y una capacidad de organizacion que asombraron al mundo entero; promulgaba ordenanzas y leyes impresas, reglamentaba en todo el país su percepcion de impuestos y prohibia todo pago de contribucion á las autoridades rusas; en Varsovia y en las ciudades de las provincias establecia tribunales revolucionarios secretos; castigaba como crímenes de lesa nacion todas las acciones que podian entorpecer ó debilitar, insurreccionar ó perjudicar á la causa de la nacion. Dos gobiernos, pues, mutuamente hostiles se encontraban en presencia uno del otro; el uno se apoyaba en la fuerza pública, el otro en el poder del terror. «Por ambas partes habia una lucha á muerte, con la diferencia, sin embargo, de que los medios empleados por el gobierno ruso eran mucho más eficaces que los de la revolucion desde que ésta quedó reducida á sus propias fuerzas. ¿Cómo la insurreccion polaca, á quien una activa vigilancia en las fronteras de Austria y de Prusia cortaba todo recibo de armas, de municiones y de refuerzos, y á la cual la poblacion de los campos negaba toda clase de apoyo, podria resistir á la larga á una potencia que ponía á la capital y al país todo entero en estado de sitio, que incesantemente hacia entrar en el país nuevos cuerpos de ejército, que en Lituania y demas partes en donde se manifestaba alguna simpatía hácia la Polonia aterrorizaba á los propietarios de las tierras de la nobleza con la emancipacion de los colonos y subordinaba al capricho del gobierno toda futura indemnidad? En estas circunstancias, la victoria sobre la glo-

riosa independencia polaca no era más que cuestión de tiempo; si la guerra continuaba todavía en algunas localidades, si con frecuencia tuvieron lugar sangrientos encuentros entre las tropas rusas y las bandas insurrectas, el gabinete de San Petersburgo estaba, sin embargo, desde el mes de Julio, bastante seguro de su triunfo cercano para poder oponerse á toda intervención ulterior de las potencias que firmaron el tratado de Viena, declarar que los negocios de Polonia no dependían más que de las potencias co-divisoras, y rehusar, como incompatible con la dignidad del emperador, el armisticio propuesto por Inglaterra y por Francia en razón de las conferencias que se debían verificar. Cuán convencido estaba el gobierno ruso de reprimir en breve plazo el movimiento revolucionario, aparece claramente en el hecho de haber destituido, ó más bien concedido, la licencia en esta época al conde Wielopolski, colocando á la cabeza del gobierno de Varsovia al general de Berg, hombre enérgico, de una severidad y firmeza enteramente militares y que debía obrar con más rigor. La cuestión fué, pues, que no quedó á las tres potencias más que la alternativa de dejar que el gobierno ruso obrara tranquilamente á su placer, sin inquietarse en lo sucesivo por los negocios polacos ó desenvainar la espada. Austria, que desde hacia mucho tiempo estaba á disgusto en su falsa posición, se asió con ambas manos á la ocasión de un regreso hácia atrás; Inglaterra, que no quería aliarse por segunda vez con Francia para una guerra contra la Rusia, siguió pronto este ejemplo; Napoleón debió buscar á su vez el medio de salvar su honor. La opinión pública de la Francia católica, siempre digna de elogio, se había pronunciado demasiado abiertamente en favor de la Polonia, para que el emperador no se viera precisado á darla un viso de satisfacción; después de haber hecho constar en una nota la negativa absoluta del gabinete de San Petersburgo y haber declarado que este último asumía sobre sí toda la responsabilidad de los sucesos para el porvenir, el emperador declaró en la apertura del Cuerpo colegislativo (5 de Noviembre de 1863), que los tratados de 1815 habían dejado de existir, y que de un Congreso que reuniría todas las potencias europeas en tribunal arbitral, debía crearse un nuevo

estado de cosas que armonizara el interés bien entendido de los soberanos y de los pueblos, y que esta conducta conduciría por la conciliación y por la paz al progreso, mientras que la fidelidad obstinada á un pasado vencido debía tarde ó temprano ser causa de una guerra terrible. Más arriba hemos dicho que la proposición de este Congreso europeo, para el cual Napoleón dirigió invitaciones á todas las cortes, fracasó especialmente por la resistencia de Inglaterra, que fué causa de una notable desavenencia entre ambos gabinetes. Los demás gobiernos tampoco habían dado sino con reserva su aprobación á una idea de un congreso de príncipes, en que el emperador de los franceses hubiera desempeñado el papel de árbitro. Como la muerte del rey de Dinamarca llamó pronto la atención de Europa hácia otra parte, la Rusia pudo ocuparse, sin temor á una intervención extranjera, de combatir la independencia polaca, tanto más cuanto que las entrevistas del czar con el emperador de Austria en Kissinger y con el rey de Prusia en Carlsbad (1864), hicieron temer á las potencias occidentales el restablecimiento de la santa Alianza, obra que por no haberse realizado, ha entregado á Europa en manos de la demagogía.

La resistencia fué pronto vencida, la actividad del gobierno nacional aniquilada y la voz de los patriotas sofocada. La guerra hizo más de una noble víctima en los campos y en los bosques; la justicia rusa envió á más de una á la Siberia; hizo perecer á más de una por la cuerda ó por la pólvora y el plomo, antes que se pudiera repetir esta célebre frase de otro tiempo: «El orden reina en Varsovia.» Pero los dueños del día habían aprendido en lo pasado que una reacción no es propia para fundar una paz duradera, y que para curar las heridas no son los mejores remedios los derechos de la guerra, el estado de sitio y los terrores de un inflexible despotismo. El emperador Alejandro II no retiró las reformas ofrecidas en otro tiempo; pero procuró con medidas radicales disolver la nacionalidad polaca y restringir y dominar las iglesias y las escuelas católicas de la infeliz Polonia. Mientras que la población de los campos fué seriamente agregada á la Rusia por el derecho de propiedad sobre las tierras que había tenido en arriendo ó colonia hereditaria, un ukase pro-

hibió á las personas de origen polaco adquirir bienes raíces en las provincias del Oeste (22 de Diciembre de 1865), y obligó á los nobles polacos, cuyos bienes habían sido secuestrados después de la insurrección, á venderlos en el plazo de dos años á personas que no fueran de origen polaco ó cambiarlas por propiedades en el interior de la Rusia. Al mismo tiempo muchos polacos de la clase baja tuvieron forzosamente que emigrar á las provincias puramente rusas, estableciéndose en su lugar colonos rusos y alemanes. Las funciones elevadas fueron confiadas á los rusos; la lengua rusa se substituyó á la polaca en las altas esferas administrativas, y la alta escuela de Varsovia fué trasformada en una universidad rusa. En la Polonia propiamente dicha el gobierno ruso parece que sigue por una parte el plan de crearse en la clase de los colonos una generación que probaría su gratitud por las libertades ó igualdad concedidas por medio de su adhesión y fidelidad, y por otra parte impedir el retorno de todo intempestivo devaneo con una severidad ejemplar contra todos los elementos de oposición en la nobleza y en el clero. Por el ukase imperial de 23 de Noviembre de 1865, que secularizó los bienes de la Iglesia, colocándolos bajo la administración del Estado, sometió á todo el clero á una asignación fija; la independencia, hasta entonces absoluta, de la Iglesia católica fué aniquilada. Las protestas del Papa contra esta medida y otras tan rigurosas, que herían de lleno en el corazón al clero polaco, fueron causa de amargas discusiones entre Roma y San Petersburgo, de la supresión del Concordato de 1847 y de la ruptura de toda clase de relaciones diplomáticas. El partido nacional ruso podía desde entonces proseguir con ménos trabas las conversiones á la iglesia «ortodoxa.» La antigua Polonia para siempre se ha perdido; hasta la esperanza del primer momento de que al lado de la Rusia rejuvenecida podría renacer una nueva Polonia, en la cual las tradiciones nacionales podrían prosperar y ser cultivadas en un sistema político regular y por el derecho común á todos los hombres, se ha desvanecido en estos últimos tiempos. El espíritu moscovita amenaza sofocar todas las originalidades de los pueblos eslavos no rusos, y esta tendencia es favorecida por los movimientos panslavistas en los paí-

ses eslavos de Austria. El congreso eslavo celebrado en Moscu con motivo de la exposición etnológica, apenas se ha atrevido á formular su voto tímido en favor «de los hermanos perdidos en las orillas del Vístula.»

La insurrección polaca ha tenido una influencia desastrosa sobre la política rusa. El régimen benévolo para la prensa, para las asociaciones, para las cosas intelectuales, ha experimentado desde entonces más de una restricción; y por antipáticas que fueran la severidad y el despotismo al espíritu liberal de Alejandro, la razón de Estado ha debido predominar. La democracia y la tiranía se daban la mano para oprimir á los propietarios nobles en todas las provincias no rusas del vasto imperio cosmopolita, como los representantes y custodios de las tradiciones rusas. Como en otro tiempo, bajo el emperador Nicolás, se tendía especialmente á impregnar á la vida política, religiosa y nacional el carácter de la uniformidad rusa. Pronto la política seguida con respecto á los polacos, fué igualmente aplicada á las otras poblaciones no rusas, á los suecos de la Finlandia y á los alemanes de las provincias bálticas. A los finlandeses se recordó que su gobierno representativo no subsistía sino por la gracia imperial, y que no tenía ningún valor sino en tanto que se conformaba con los deseos rusos; la nueva y severa ley sobre la prensa, que la Dieta finlandesa rechazó, fué puesta en vigor por la vía administrativa, y se dió á entender al Senado del Gran Ducado, que, en caso de oposición ulterior á las intenciones del gobierno, sería preciso ver las leyes rusas aplicadas en Finlandia. Las provincias bálticas, la Livonia, la Esthonia y la Curlandia, fueron principalmente las que más sufrieron con el odio del antiguo partido ruso. A pesar del celo por las reformas, que manifestaron los alemanes del Báltico, introduciendo una nueva y más liberal organización de los Comunes (Octubre de 1866), aboliendo el derecho de propiedad exclusivo de los nobles (en Curlandia en 1865, en la Livonia en Marzo de 1866 y en la Esthonia en el verano de 1867), suprimiendo el privilegio de los nobles para el nombramiento de jueces y otras costumbres antiguas, procurando alejar todo pretexto de mezclarse en los negocios provinciales, el emperador declaró, sin embargo,

en un discurso pronunciado en lengua rusa en el palacio de Riga (Junio de 1866), que el lazo estrecho que unia todos los miembros de la familia rusa hacia necesarios algunos cambios en las instituciones del imperio en el sentido de una mayor proximidad. Pocas semanas despues se decretó la introduccion de la lengua rusa en las administraciones públicas de las provincias bálticas; y la protesta de la Dieta de Livonia contra la violacion de los privilegios del país, fué anulada por una decision soberana del emperador.

Además de la insurreccion polaca, la causa determinante de esta política opositiva fué especialmente el atentado contra la vida del emperador Alejandro (16 de Abril de 1866), resultado de la excitacion provocada por las reformas y los sucesos políticos. A la puerta del jardin del palacio imperial el jóven ruso Karakasow disparó una pistola al pecho del soberano en el momento en que salia; el crimen no fué impedido más que por la pronta intervencion de uno de los espectadores, el jóven obrero Kommissaroff, que hizo cambiar de direccion el brazo del asesino. La misma alegría que manifestó toda la nacion con motivo de esta milagrosa salvacion y las verdaderas simpatías del extranjero, fueron testimonio de un afecto y de una estimacion de que el czar se podia vanagloriar. El salvador Kommissaroff recibió cartas de nobleza y fué colmado de riquezas y de honores. Un terrible golpe para el corazon del monarca fué la muerte del gran duque heredero, que sucumbió en Niza pocos dias antes de su casamiento con la hija del rey de Dinamarca, la princesa Dagmar, de resultas de una enfermedad del pecho (24 de Abril de 1865). Espiró en los brazos de su padre, que habia atravesado la Francia para trasladarse pronto junto al lecho de su hijo moribundo. Pasado el tiempo de luto, la desposada dinamarquesa, la bella Dagmar, dió su mano al segundo hijo del emperador Alejandro, que habia llegado á ser el príncipe heredero; este suceso de familia, celebrado con grandes fiestas, fué tambien ocasion de gran consuelo en las chozas del triste y en las miserias del desterrado. El 1.º de Junio de 1867 el emperador Alejandro, á invitacion de Napoleon III, se trasladó á Paris para visitar la exposicion universal: con bastante dificultad

se habia decidido á este viaje; pero su descontento aumentó todavia más cuando los franceses, en diferentes parajes en donde se dejó ver públicamente, y hasta en el Palacio de Justicia, manifestaron sus simpatías en favor de la Polonia. Su cólera llegó á su apogeo cuando en un paseo al bosque de Bolonia, el jóven polaco Berezowski disparó sobre el coche en que iban los dos emperadores (6 de Junio de 1867); el atentado no se consumió, y el culpable fué entregado á la justicia; pero el crimen no podía despertar en el czar sentimientos conciliadores con respecto á los polacos. Su cólera recibió por esta experiencia un nuevo alimento, y el partido moscovita se enardeció en sus tendencias de unificacion, que en lo sucesivo procuró sin reserva alguna; su plan tiende á aniquilar completamente los elementos polacos en las provincias del Sud y del Noroeste, en Lituania, en Podolia, en Kiev y en Wilna; á enterrar viva la poblacion polaca y á hacer dominar en el reino de Polonia, propiamente dicho, la lengua rusa y la Iglesia griega ortodoxa. Ya la lengua rusa se emplea en la enseñanza y en la administracion, y trata de servirse tambien de ella en el servicio religioso. La Polonia no es ya más que un nombre histórico.

En las provincias bálticas, la rusificacion continúa igualmente sin obstáculos. Un profesor de la alta escuela de Dorpat, Schirren, fué privado de su cátedra (Junio de 1869) por haber publicado «una respuesta livoniana» al manifiesto del Jurado samarino, protagonista ú órgano del partido moscovita. Las grandes potencias europeas, divididas entre sí, envidiándose, teniendo celos y desconfiando unas de otras, dejaron obrar libremente á la propaganda rusa para no hacer inclinar al poderoso imperio hácia uno ó hácia el otro lado. En 1871 el gabinete de San Petersburgo pudo librarse á sí mismo de las trabas que la paz de Paris habia impuesto á su flota de guerra en el Ponto Euxino, y las negociaciones que con éste motivo tuvieron lugar en la conferencia de Lóndres se terminaron pacíficamente.

CAPÍTULO XIX.

La Alemania y las grandes potencias alemanas.

No es un cuadro recreativo el que se verá desenvolverse en las páginas siguientes; las jornadas de Olmutz y de Bronzell habian humi-

llado á la Prusia y colocado á Austria sobre su antiguo pedestal. Por esto se aumentó una excision que habia existido siempre entre las dos grandes potencias, y se creó una rivalidad que tuvo sobre la vida política de toda la Alemania una funesta influencia. Si las dos potencias estaban de acuerdo en paralizar la vida parlamentaria con sus agitaciones populares y provocadoras, para levantar á los pequeños gobiernos debilitados, para venir en ayuda de los señores feudales y para sostener y proteger los tronos vacilantes, segunian, sin embargo, intereses tan diversos, descansaban en bases tan diferentes, que con frecuencia se encontraron en sus esfuerzos en una posicion hostil que, sostenida por las divergencias de raza entre el Norte y el Sur de Alemania, por la excision religiosa entre los católicos y los protestantes, por las simpatías y antipatías de los pueblos, por la desconfianza é instinto de conservacion de los pequeños Estados y por otros diferentes motivos, daba un impulso y una direccion á la vida política del pueblo alemán. El restablecimiento de la Dieta habia sido obra de Austria; la Prusia no habia consentido en ella sino de mala gana y con una cólera sorda. Nada más natural que la mayor parte de los medios y pequeños Estados, que solamente por la Dieta podian libertarse de la infeudacion, marcharan de concierto con Austria, dándola en todos los conflictos la mayoría. Si el gobierno prusiano hubiera adoptado en Alemania una línea de conducta popular la excision que se manifestaba, especialmente por artificios y luchas diplomáticas habria penetrado más profundamente en la nacion, y tal vez ser causa de un gobierno central que descansara en una base federativa y tuviera á su lado una representacion general parlamentaria, tal como el pueblo alemán la reclamaba con unanimidad. Pero como la Prusia en todas las cosas elegia el camino de la opresion, se cuidaba, con una preferencia romántica, de los privilegios de la nobleza, se esforzaba por hacer volver las instituciones de un pasado desaparecido; é imbuida en la idea de que el poder real era una emanacion de la soberanía popular, y que las concepciones de los tiempos antiguos destruian todo sentimiento de lealtad y de piedad, trataba de reducir en su propio país, como en los demas Estados confederados, la

vida parlamentaria á una vana sombra, y las aspiraciones de los partidos alemanes carecieron de un punto de apoyo sólido, de una fuerza real y concreta, á los cuales se hubieran podido adherir.

La vida política de Alemania, bajo el punto de vista nacional, sufría dos clases de enfermedades; ó bien se suspiraba por una forma gubernamental enteramente ideal, que con las instituciones existentes no hubiera tenido ni apoyo ni consistencia, ó bien gastaba y dividía sus fuerzas en luchas mezquinas para ínfimos resultados. En el primer caso, los vagos objetos y la indecision sobre los caminos y medios produjeron con frecuencia la excision entre los signos de alianza y los campos de los partidarios; en el otro los actos políticos tomaron muchas veces un carácter personal que se dejaba guiar por las simpatías y antipatías, por caprichos y privilegios sin móvil elevado. Así por espacio de más de diez años se asiste á este espectáculo lamentable del pueblo alemán, que gasta y agota sus fuerzas, ora para impedir la victoria completa de la reaccion en los pequeños Estados, ora para imaginar y crear una forma política que hubiera dado á la nacion alemana, respetando siempre la existencia especial de las razas y de los Estados, la unidad y el rango en el concierto de los Estados y de los pueblos europeos, á que ella tiene derecho por su cultura y por su poder. Fué un espectáculo triste ver, durante estos años en que en otras partes se llevaban á cabo grandes sucesos, al pueblo alemán correr sobre su propio suelo en pos de un régimen político, como las sombras del mundo fantástico detrás de su cuerpo.

«La Union nacional,» como antes el partido imperial «de los pequeños alemanes» en Frankfurt, trabajaba más bien en el sentido de un arreglo con la Prusia, sin que por esto excluyera completamente de su programa al Austria, é inscribia en su bandera la constitucion de 1849 con algunas modificaciones; pero «la Union de la reforma,» compuesta «de los grandes alemanes,» y de la cual formaba parte M. Enrique de Gagern, sostenia un organizacion política, en la cual Austria encontraba su lugar al lado de la Alemania y de la Prusia, porque el Austria, constitucional, se decia, ocupaba otra posicion que el Austria despótica de otro tiempo. El go-